



## Conversación en Roma con Victor Saxer

José Antonio RUESTRA

El jueves 16 de noviembre Mons. Victor Saxer, Presidente del Pontificio Comitato di Scienze Storiche, desde 1989, y Presidente también de la Pontificia Accademia Romana di Archeologia, desde este año de 1995, me recibió en el despacho de su apartamento a eso de las cuatro y media, en una de las pocas tardes lluviosas de este último otoño romano. Nos sentamos en dos acogedores sillones. A mi izquierda, unas estanterías llenas de libros de historia y de arqueología, escritos en los más diversos idiomas, insinuaban las áreas de estudio e investigación de mi ilustre anfitrión. A su derecha, un ordenador Macintosh, junto a su mesa de trabajo, parecía recordarnos, por contraste, la época actual. Mons. Saxer corrió los visillos de la amplia ventana, celando una espléndida vista de las azoteas del barrio de San Eustaquio, y descolgó el teléfono para que pudiéramos hablar con tranquilidad, sin interrupciones. Y así le dirigí la primera pregunta:

**Pregunta:** Monseñor: Vd. nació<sup>1</sup> y se educó en zona de frontera franco-germánica. Háblenos, por favor, de esas primeras experiencias..., de cómo ellas influyeron en su trayectoria intelectual posterior.

**Respuesta:** Esta zona fronteriza era francesa desde 1648, en que se había incorporado al Reino de Francia. Poco a poco, la estructura del país se había ido haciendo cada vez más francesa, hasta el punto de que, cuando estalló la famosa Revolución de 1789, el pueblo plantó una bandera sobre el puente del Rin con la siguiente indicación: «Ici commence le royaume de la liberté». La afrancesación más activa, sin embargo, tuvo lugar después de la Revolución. Por ello, cuando Alsacia volvió a ser alemana, durante cuarenta y ocho años, de 1871 a 1918, se produjo una crisis notable, como pude constatarlo en mi propia familia. Mi abuelo

---

1. Mons. Victor Saxer nació en la villa alsaciana de Pfastatt (Alto-Rhin, Francia), el 4 de abril de 1918.



paterno, por ejemplo, había estudiado en la escuela francesa y recordaba todavía un poco de francés. Mi padre y mi madre, en cambio, habían ido a la escuela durante el período alemán, y no entendían el francés y nunca lo supieron. Y yo, finalmente, fui alumno de la escuela francesa, e hice mis estudios secundarios en el liceo estatal de Mulhouse, al sur de Alsacia, entre 1931 y 1939. Por ello aprendí el francés en la escuela. Y también el alemán, desde los nueve años de edad. En mi época, pues, la cultura del país era realmente bilingüe.

Cuando Alsacia volvió a ser alemana durante la última guerra mundial, de julio de 1940 a 1944/5, los alsacianos se tomaron la ocupación alemana como una invasión. Quiero recordar sólo un pequeño acontecimiento. El 14 de julio de 1940, fiesta nacional, por la mañana, la plaza principal de la ciudad amaneció completamente pintada con los tres colores franceses: azul, blanco y rojo. Junto a esta plaza se encuentra una calle bastante comercial, que en tiempo francés se denominaba «rue du Sauvage», porque en ella se hallaba una estatua de un genio del pensamiento que la gente del pueblo denominaba «el salvaje». Los alemanes la denominaron «Hitlerstraße», y los alsacianos pensaron que la denominación era muy apropiada, porque él era el salvaje.

Éste fue el clima en el que yo crecí. Y así, cuando entré a los diecinueve años en el Seminario mayor —no hice el menor, sino que pasé directamente del liceo estatal al Seminario— continué inmerso en esta vida que era efectiva, cultural y fundamentalmente francesa.

**P.** Pero Vd. estudió en Estrasburgo<sup>2</sup>, cuya Universidad conservó la organización alemana de los estudios...

**R.** Ciertamente, aunque la Universidad existía ya en el siglo XIX, pues era de fundación francesa, en 1900 ó 1901 los alemanes crearon en ella dos Facultades teológicas: la católica y la protestante, como en otras Universidades del Reich. Y esta Universidad contó, en el período alemán, con grandes nombres, desde el punto de vista científico. Por ejemplo, con el editor de los concilios ecuménicos de Éfeso y Calcedonia, Prof. Eduard Schwartz, con el mismo Erhard, estudioso de la homilética y de la hagiografía griegas, y con Mons. Faulhaber, después arzobispo de Munich, que también estuvo en Estrasburgo cuando era joven profesor. Pero en mis tiempos, casi todos eran franceses, con alguna excepción, como el profesor Dennefeld, de Antiguo Testamento, que era alsaciano; pero los otros procedían de Francia, por ejemplo, el Decano de aquella época, Victor Martin, autor de un libro

---

2. Cursó sus estudios teológicos en Estrasburgo, de 1937 a 1939, y en Clermont-Ferrand, donde se retiraron tanto la Universidad como el Seminario diocesano de Estrasburgo durante la segunda Guerra mundial, de 1939 a 1945. Se licenció en Sagrada Teología en junio de 1942.



sobre los orígenes del galicanismo, Jean Rivière, que enseñaba apologética, Émile Amann, director del «Dictionnaire de Théologie Catholique», y finalmente Auguste Gaudel, que enseñaba Dogmática, que posteriormente fue designado obispo de Fréjus-Toulon. Creo que este clima explica en gran medida mi propia orientación espiritual e intelectual.

**P.** Vd. fue ordenado sacerdote en Fréjus, el 11 de julio de 1943. Dedicó doce años de su vida al Seminario menor de Hyères, en la diócesis de Fréjus-Toulon, de 1945 a 1957. ¿Qué importancia tiene para un sacerdote intelectual una larga tarea pastoral, especialmente dedicado a la formación de la gente joven?

**R.** De este período, que abarca veinte años de ministerio en la diócesis de Fréjus-Toulon, conservo un recuerdo muy feliz. En el Seminario menor enseñé varias cosas, sobre todo Historia, porque me había licenciado en Historia y Geografía en la Universidad estatal de Toulouse durante los años 1943-1945, y en los últimos años, expliqué en la Retórica, es decir, el último curso antes de la reválida, en que impartía francés, latín y griego. Lógicamente todo mi tiempo estaba dedicado a los alumnos, pero, desde el punto de vista intelectual, los resultados fueron muy variados. Con uno de ellos, que ha sido director del Centro de Experimentación Espacial, en Istres, cerca de Marsella, he mantenido siempre una estrecha relación. Con todo, lo importante no era sólo formar el intelecto, es decir, el espíritu, sino también el carácter. Esta posibilidad fue para mí la experiencia más provechosa e interesante del contacto con aquellos adolescentes.

Muchos, no todos, evidentemente, llegaron al sacerdocio. Algunos, se han ido antes que yo... Con aquellos que todavía viven y están en activo, mantengo una relación de estrecha amistad.

**P.** Vd. fue, además, párroco durante siete años en La Crau, en la diócesis Fréjus-Toulon, de 1957 a 1964.

**R.** Todavía fue más provechoso para mí el ministerio de párroco, porque a través de él tomé contacto con los problemas de la gente: sus alegrías, sus luchas, su vida profesional y cotidiana. Siempre que podía, iba a visitar las familias, para tener noticias de los niños, de por qué no habían ido a la catequesis; o, si se trataba de preparar la primera comunión, procuraba tener frecuentes contactos con sus padres; y lo mismo, a propósito de otros acontecimientos familiares. He conservado relación de amistad con muchas familias, que todavía visito cuando voy a La Crau. Y, por supuesto, mantengo las relaciones con los colegas sacerdotes, que siempre fueron relaciones amigables. Desde el punto de vista humano y sacerdotal, esos años han sido los más felices de mi vida, porque tuve la ocasión de participar intensamente en la vida y las preocupaciones de la gente. He aprendido mucho del conocimiento de sus problemas y de sus necesidades. Y cuando vuelvo a La Crau me da particular alegría que me saluden con mi viejo título de «monsieur le curé». Pocos me aplican el título de «monseñor», pero sí el de «monsieur le curé»..., como



me llamaban antes... Pienso que esto ilustra bien acerca de las intensas relaciones que se establecieron entre el párroco y los feligreses.

**P.** En esos años de sus estudios, Francia vivió unos momentos de particular esplendor en el cultivo de las ciencias eclesiásticas, especialmente en la edición y análisis de las fuentes cristianas de los primeros siglos. Imagino que Vd. habrá tenido relación con los distintos círculos de historiadores, patrólogos y arqueólogos. ¿Qué recuerdos conserva de ese tiempo?

**R.** Debería evocar algunos nombres, concretamente de aquellos profesores que contribuyeron más decisivamente a mi formación científica. En Estrasburgo vivíamos en el Seminario, que estaba próximo a la catedral y así le asegurábamos el servicio litúrgico los domingos y las fiestas; en cambio, la enseñanza era impartida en la Universidad. Todos los días hacíamos el recorrido del Seminario a la Universidad, ida y vuelta. En la Universidad, la enseñanza se impartía de dos formas: la institucional, es decir, las clases magistrales y después los seminarios, uno por cada disciplina. Se aconsejaba a los estudiantes seguir al menos un seminario por curso, aunque preferiblemente dos. Más, era difícil. Y, desde el comienzo, frecuenté los seminarios del Prof. Rivière, del Prof. Amann y del Prof. Andrieu. Y un año, el seminario del Prof. Mollat.

Rivière ha sido quien ha influido más profundamente en mi formación. Era un pedagogo que enseñaba a pensar. Me acuerdo de un episodio del primer año. No recuerdo qué tema teníamos que resolver, pero nos había pedido que preparásemos por escrito nuestra respuesta. Cuando formuló la pregunta, yo fui uno de los primeros en levantar la mano para responder. Y él me dejó decir alguna cosa y después me pidió que callase. Y continuó interrogando a los otros. De pronto se volvió a mí y me dijo: «Repítame lo que me dijo antes»; y se lo repetí. «¿Por qué no me dijo antes que ésa era la respuesta correcta?», le comenté. Y me contestó: «Porque quería saber qué opinaban los otros, hasta dónde ellos habían llegado». Su método era propiamente socrático; por medio de la mayéutica daba vida a un pensamiento, y no paraba hasta que era expresado correctamente, de forma que las palabras se adecuasen totalmente al pensamiento. Pienso que, desde este punto de vista, era verdaderamente un maestro. Lo mismo habría que decir con relación a los ejercicios escritos. Prestaba atención a todo: a los puntos, a las comas, pero evidentemente a los modos de expresión.

Con Amann las cosas eran diversas. Él hablaba siempre *ex cathedra*. Pero también sus seminarios eran muy formativos. Muchas voces del «*Dictionnaire de Théologie Catholique*» son la forma escrita de los temas que él había presentado en su seminario. Era especialista en causas perdidas; pienso, por ejemplo, en los *Tres capítulos* de Teodoro de Mopsuestia; en el Papa Liberio y el Papa Vigilio, papas que habían tenido dificultades arrianas y cristológicas; o cuando hablaba de



Focio, iluminando aspectos muy complejos del famoso «cisma»;... de aquellos seminarios conservo recuerdos todavía muy vivos...

Andrieu, con quien realicé mi tesis doctoral, tenía otro método: las fuentes, los códices. Era el tiempo en el cual él preparaba la edición de sus dos obras mayores sobre las «Ordines» y el Pontifical romanos. Nos hacía leer los textos, nos pedía nuestro parecer sobre los ritos y sobre su formación... He sabido mucho más tarde, que este había sido ya el método de Duchesne, en su obra *Les origines du culte chrétien* (1889).

Así, pues, la formación tenía como un carácter polifónico: contacto con las fuentes y también, por ejemplo, en el caso de Mollat, con los códices. Con Mollat he aprendido paleografía. Su curso de paleografía tenía lugar a primera hora de la tarde y éramos dos alumnos: el Prof. Cyrille Vogel y yo. Recibíamos una fotografía de la *Summa theologiae* de Tomás de Aquino. Cuando las abreviaturas eran fáciles, las resolvíamos; pero cuando uno de los dos se atascaba, entonces se despertaba y nos explicaba esa abreviatura.

Lo que aprendimos, pues, fue un método: saber dónde debíamos meter las manos para poder opinar sobre un tema concreto, y después cómo tratar las fuentes, viéndolas en su contexto, no sólo contexto «textual», sino sobre todo, contexto histórico, a fin de que nuestro juicio pudiese resultar crítico, no aceptando cualquier acontecimiento histórico como si se tratase del Evangelio; distinguiendo lo que podía ser verdadero, de aquella parte del narrador; encontrando, detrás de la narración, los hechos o las personas.

**P.** En 1964 marchó Vd. a Roma e inició una segunda etapa de su vida, después de haber publicado en francés su tesis doctoral en Teología<sup>3</sup>. En Roma continuaron sus estudios de Arqueología hasta obtener un nuevo doctorado, en junio de 1966. Y seguidamente comenzó su carrera académica en el Pontificio Istituto di Archeologia Cristiana. Háblenos, por favor, del clima intelectual de los Ateneos romanos de esos años, y qué impresión le causaron en contraste con la Universidad de Estrasburgo y el clima intelectual francés, que antes nos ha descrito.

**R.** Llegué a Roma en los primeros días de noviembre de 1964. Debo volver hacia atrás, para explicar por qué fui a Roma. En realidad fui llamado por el entonces Rector del Istituto di Archeologia Cristiana, el P. Darsy.

Darsy se había encontrado, un año antes, con un amigo mío, en un congreso de epigrafía y le había comentado que en su Istituto tenían necesidad de un pro-

---

3. Se doctoró en Estrasburgo, el 17 dediciembre de 1953, con una tesis, publicada años después con el siguiente título: *Le culte de Marie Madeleine en Occident des origines à la fin du Moyen âge*, Société des Fouilles archéologiques de l'Yonne (Coll. Cahiers d'archéologie et d'histoire, 3), Auxerre-Paris 1959.



tesor del culto cristiano. Mi amigo le contestó: «Yo no soy perito en la materia, pero puedo ofrecerle el nombre de uno que, en principio, estaría dispuesto». Y le dio mi nombre. Tuvo que transcurrir todavía un año entero, para que este asunto llegase a buen puerto. Pero, en definitiva, me fui a Roma, con el propósito de comenzar de inmediato la docencia. Mas, en realidad, antes de enseñar me pasé dos años estudiando: querían saber quién era esta persona, que no conocían. Yo, en cambio, sí les conocía, pues les había encontrado en el congreso de arqueología cristiana en Aix-en-Provence, en 1954. Así, pues, estudié dos años, al cabo de los cuales pude presentar mi tesis de arqueología cristiana<sup>4</sup>.

En realidad no hallé una gran diferencia entre el Istituto di Archeologia y Estrasburgo. ¿Por qué? Porque algunos de mis colegas de Estrasburgo habían pasado uno o dos años de estudios en Roma y habían frecuentado también el Istituto di Archeologia cristiana. Por ejemplo, el Prof. Vogel o una alta personalidad que todavía vive, el Patriarca de Constantinopla Bartolomeo, que había estudiado un año en el Istituto de Archeologia cristiana y al año siguiente se trasladó a Estrasburgo para completar su formación. Me lo recordó el futuro patriarca, cuando yo fui a Constantinopla con motivo del aniversario del II Concilio de Nicea. Y puedo añadir que el Prof. Vogel iba todos los años a Roma con sus estudiantes, para visitar los lugares de la Roma antigua: basílicas y catacumbas. Y lo hacía de acuerdo con los profesores del Istituto di Archeologia. Así pues, no se trataba de un clima tan diverso. De las otras Universidades no puedo opinar, pues no las he frecuentado tanto, y mis contactos han sido sobre todo formales.

En todo caso, en 1966 fui nombrado profesor. Y lo he sido hasta 1989. Entre tanto también he sido Rector en dos períodos: de 1970 a 1973, y de 1982 a 1992<sup>5</sup>. El segundo período ha durado diez años, porque murió un colega que debería haberme sucedido, y yo tuve que suplirlo.

Fue mi función como Rector lo que me permitió entrar en relación con los diversos Institutos romanos, sobre todo con aquellos Institutos científicos de diversas naciones, que tienen su sede en Roma, y que se han unido en la Unione Internazionale degli Istituti di Archeologia, di Storia e di Storia dell'Arte. Como Rector tuve que organizar una cierto número de congresos internacionales de arqueología cristiana, como el de Roma, de 1975, el de Lyon, de 1986, y el de Bonn, en 1991.

---

4. *Vie liturgique et quotidienne à Carthage vers le milieu du IIIe siècle*, Coll. «Studi di antichità cristiana», XXIX, Città del Vaticano 1969 (reed. 1984).

5. Véase un pormenorizado *curriculum operum* de Mons. Saxer en: Gabriella MAESTRI, *Bibliografia di Mons. Victor Saxer*, en VV. AA., *Memoriam Sanctorum venerantes. Miscellanea in onore di Monsignor Victor Saxer*, Pontificio Istituto di Archeologia Cristiana («Studi di Antichità Cristiana», XLVII), Roma 1992, pp. XIII-XIV.



Estos congresos me han dado la oportunidad de tratar a muchos colegas y hacer amistad con ellos. Por ejemplo, con el Prof. Pedro de Palol, que ha acabado su carrera como profesor de Arqueología cristiana en Barcelona, a quien conozco desde 1969, cuando se celebró en Barcelona el VIII Congreso de Arqueología cristiana. Y siempre que coincidimos en los congresos, procuramos tener una reunión de antiguos alumnos del Instituto.

La experiencia romana ha sido mucho más ecuménica que la de Estrasburgo, porque en Roma se puede verdaderamente trabajar en el plano internacional, sin excluir las relaciones con personas no católicas. Los encuentros no sólo contribuyen a un mejor conocimiento mutuo, sino también a profundizar en los problemas inherentes a las relaciones intereclesiales, y aprender un verdadero espíritu ecuménico, que es el de la estima recíproca y de la amistad.

**P.** Vd. acaba de nombrar la Unione Internazionale degli Istituti di Archeologia, Storia e Storia dell'Arte, ¿podría hablar de esa Unión, de los proyectos comunes, de los trabajos que promueve... ?

**R.** Nació en 1946, por un motivo muy preciso. Cuando los aliados llegaron a Roma, en 1944, secuestraron las bibliotecas de los institutos alemanes. El peligro era que tales bibliotecas se dispersasen entre los distintos organismos administrativos de la guerra. Por ello, comenzaron inmediatamente los contactos para salvaguardar tales bibliotecas, que representaban un tesoro cultural enorme. Eran tres los institutos amenazados: el Instituto Arqueológico, el Instituto Histórico y la Biblioteca Herziana, una biblioteca dedicada a la historia del arte. Las primeras iniciativas partieron del Vaticano, a cargo del futuro Cardenal Mercati, y de ciertas personalidades extranjeras, en particular el director del Instituto sueco. A este grupo inicial se asociaron progresivamente otros institutos romanos. El P. Darsy, del Instituto di Archeologia Cristiana, fue una de esas personas que, ya en 1946, procuraron conservar tales depósitos bibliográficos, para restituirlos posteriormente a sus legítimos propietarios. Hubo que invertir mucha paciencia y diplomacia para convencer a los depositarios del secuestro. Finalmente, en 1953, fueron restituidas las tres bibliotecas a sus propietarios legítimos. Tales gestiones fueron el origen de la Unión Internacional.

¿Cuáles eran los objetivos principales de la Unión? Mantener y desarrollar la colaboración en el plano científico entre los Institutos extranjeros establecidos en Roma, por una parte, y los Institutos italianos, también los pontificios, por otra. Entre los pontificios se contaban la Accademia y el Istituto di Archeologia. Con el tiempo, la Unión patrocinó y se ocupó de la conservación de algunos monumentos (por ejemplo, promovió el inventario del cementario acatólico romano, pues los cementarios cristianos estaban bien atendidos por la Pontificia Comisión de Arqueología Sacra). Después se creó una conferencia anual de la Unión, siempre sobre un tema amplio, y confiada a un organizador de fama internacional. También tomó



sobre sí la defensa de los intereses de los distintos Institutos miembros. La autoridad de esta Unión es, pues, considerable.

**P.** Concluida su etapa profesoral, que Vd. hizo compatible con el Rectorado del Pontificio Instituto di Archeologia Christiana, comenzó su servicio más directo, si se puede hablar así, a la Santa Sede. ¿Qué interés tiene la Santa Sede por la historia? ¿Cómo ayudan al Magisterio de la Iglesia los estudios históricos?

**R.** Fui nombrado miembro del Pontificio Comitato di Scienze Storiche durante mi primer período rectoral, en 1973. En 1989, Mons. Michele Maccarrone, entonces Presidente, no se sentía demasiado bien de salud, y buscaba un sucesor. Fue sugerido mi nombre y aceptado por la Secretaría de Estado.

El Pontificio Comitato di Scienze Storiche fue creado en 1954 en previsión del Congreso Internacional de Ciencias Históricas que debía celebrarse en Roma en 1955. En el plan de los organizadores del Congreso se incluía una visita al Papa Pío XII. Para obtener más fácilmente la audiencia, se pensó en crear un Comité. El primer presidente fue Mons. Pio Paschini, y el primer secretario, Michele Maccarrone. Cuando murió Paschini, le sucedió Maccarrone.

La misión de este Pontificio Comitato es representar a la Santa Sede en el Comité Internacional de Ciencias Históricas, asegurando una presencia eclesiástica cualificada en los congresos internacionales que se celebran cada cinco años. El último congreso ha tenido lugar a finales de agosto pasado en Montreal. Nuestro Comitato organiza, con ocasión de tales congresos, una mesa redonda sobre un tema que antes ha sido propuesto al Comité Internacional... Hasta ahora nunca ha sido rechazado nuestro tema... Se procura que el tema esté relacionado con el lugar donde se lleva a cabo el congreso. En Montreal se ha hablado de la cristianización de América en el siglo XVII y de las relaciones del cristianismo con las culturas indígenas, una relación que no siempre ha sido pacífica, sobre todo al inicio, y en la cual los primeros misioneros jugaron un papel relevante, cambiando la actitud de los conquistadores respecto a la población indígena. El próximo congreso tendrá lugar en Oslo... Por consiguiente, un objetivo del Comitato es representar a la Santa Sede en las instancias históricas internacionales y mantener una presencia eclesiástica y cualificada en tales foros.

Tiene también otra misión, que se originó casualmente. Cada vez que en Secretaría de Estado o en algún otro Dicasterio tenían necesidad de una información histórica precisa, éramos los miembros del Comité, sobre todo el Presidente, los que debíamos facilitarla. Así, pues, somos consultados siempre que se trata de cuestiones administrativas, cuando se trata de crear o hacer revivir una sede titular en un país que ya no tiene una efectiva presencia cristiana, etc. Pero, de vez en cuando recibimos encargos más importantes: uno de los últimos, que preparó mi predecesor, fue el *Convegno* sobre el primado romano durante el primer milenio, al que fueron convocados unos quince ponentes. Cada uno tenía un tema bien preci-





so, en el amplio marco cronológico y geográfico del primer milenio. Las Actas de ese congreso han sido publicadas<sup>6</sup>. Así, pues, el Comitato organiza de vez en cuando un encuentro de este tipo y publica las actas.

**P.** Acaba Vd. de ser nombrado Presidente del Pontificio Comitato di Scienze Storiche y Presidente de la Pontificia Accademia Romana di Archeologia. Háblenos un poco de la Accademia...

**R.** A comienzos de 1995, he sido elegido Presidente de la Pontificia Accademia Romana di Archeologia. El anterior Presidente, Prof. Carlo Pietrangeli, sabiendo que estaba gravemente enfermo, pidió ser sustituido, y fui elegido yo. El nombramiento fue comunicado a la Secretaría de Estado, que lo ha aceptado.

La Pontificia Accademia Romana di Archeologia tiene una historia más larga que el Comitato. Fue creada en 1810, cuando Roma se hallaba bajo la dominación francesa. Esta Accademia fue fundada por un francés: de Gérando, que murió siendo miembro de la Academia de Francia y «Pair de France». Pero la Accademia no desapareció cuando los franceses se marcharon, pues había despertado interés en los ambientes arqueológicos romanos. El primer Presidente fue Antonio Canova, famoso escultor, que aseguró la vida de la Accademia a sus propias expensas. Luego la Accademia se transformó en Pontificia, durante el breve pontificado de Pío VIII.

Es una sociedad de estudiosos, que tiene sesiones mensuales, de noviembre a junio. En estas sesiones se discuten una o dos ponencias sobre un tema determinado, no sólo de arqueología cristiana, sino también de arqueología clásica y muchas veces arqueología medieval. La Accademia edita una revista anual, *Rivista di Archeologia Cristiana*, y, de vez en cuando, un volumen de «memorias» sobre algún tema bien determinado. Estamos a punto de publicar un amplio volumen sobre el cementerio que se halla bajo la basílica vaticana, es decir, el estudio de las tumbas paganas de esta necrópolis. Se trata, por consiguiente, de una de esas academias que existen en Roma, que se espera unir cada vez más en un proyecto orgánico, que vaya tomando poco a poco consistencia.

Aunque la Accademia nació de la iniciativa privada, muy pronto adquirió una dimensión más importante. En el siglo pasado incluso organizaba la conmemoración anual de la fundación mítica de Roma, el 21 de abril. Esta iniciativa fue abandonada cuando los Saboya conquistaron Roma, y el Vaticano se retiró a su «torre de marfil».

**P.** El eco internacional del Comitato y de la Accademia son innegables...

---

6. AA. VV., *Il primato del vescovo di Roma nel primo millennio. Ricerche e testimonianze. Atti del symposium storico-teologico, Roma, 9-13 ottobre 1989*, a cura di Michele Maccarrone (Pontificio Comitato di Scienze Storiche, Atti e Documenti, 4), Città del Vaticano 1991, 782 pp. Cfr. la reseñación publicada por J. Orlandis, en *AHIg* 2 (1993) 368-370.



**R.** Su composición es muy internacional y esto les da, en efecto, un relieve que no tendrían en otro caso. El Comitato cuenta con unos treinta miembros de todas las partes del mundo, que, cuando acuden a Roma, participan en las sesiones. En cambio, los socios efectivos de la Accademia deben tener su domicilio en Roma, aunque no importa su origen geográfico. Es lógico que se les pida residencia romana, porque es preceptiva la participación en las reuniones mensuales. Sin embargo, junto a los socios numerarios se hallan los socios correspondientes, que son elegidos de toda las partes del mundo, sin distinción de confesión religiosa, y que no deben vivir en Roma. Los ha habido hebreos, protestantes, etc. pero evidentemente, la mayoría son católicos. En su funcionamiento la Accademia se parece mucho a la Real Academia de la Historia de Madrid y a la Académie des Inscriptions et Belles Lettres de París.

**P.** Vayamos a su *curriculum operum*. Una parte considerable de las publicaciones de Vd. se refieren al África cristiana de la antigüedad. En su opinión, ¿cuáles fueron las causas que condujeron a una cristiandad tan floreciente como la norteafricana a una decadencia total?

**R.** Mi interés por África comenzó con mi tesis doctoral en Arqueología cristiana, iniciada en 1964, dedicada a la vida litúrgica en Cartago, en tiempos de San Cipriano. A partir de ese momento me he mantenido siempre interesado por las antigüedades norteafricanas. He hecho tres viajes: dos a Argelia y otro, con los estudiantes, a Túnez, en 1971. Mis estancias se beneficiaron del gran impulso que habían tenido las excavaciones durante la presencia francesa en Argelia y Túnez. Piénsese que en el momento más floreciente, esa África cristiana contaba con quinientas sedes episcopales, o incluso más. Era un región profundamente cristianizada. Casi cada pequeña ciudad tenía su obispo. En Túnez, las sedes episcopales distaban entre sí cinco o diez kilómetros. ¿Cómo es posible que el cristianismo haya desaparecido en esa región?

Debo recordar un primer acontecimiento desastroso para esta historia, que fue la invasión de los vándalos, que tuvo como consecuencia, entre otras, la persecución contra los cristianos. Uno de los historiadores de este período, Víctor de Vita, habla de cinco mil mártires... Es cierto que algunos de tales mártires, como los obispos, fueron simplemente deportados a Cerdeña, Sicilia, e incluso a las Baleares..., es decir, a todas las islas que se hallaban bajo el dominio vandálico... Con los obispos debieron partir otros muchos altos funcionarios... África se vació, en un primer momento, de su élite administrativa y eclesiástica. Y cuando África fue reconquistada por los bizantinos en el siglo VI, se encontraron con otra generación, pues ya habían fallecido todos los africanos que sufrieron la persecución vandálica.

Pero, todavía más negativa para la Iglesia norteamericana fue en la segunda mitad del siglo VII. Respecto de ella no tenemos informaciones parecidas a las que nos dejó Víctor de Vita para el período vandálico. Debemos contentarnos con inter-



pretar los restos arqueológicos. El cristianismo sobrevivió en África hasta el siglo XI: un cristianismo disminuido, porque en el siglo XII ya no era posible encontrar tres obispos para consagrar a otro, por lo cual el Papa aconsejó al obispo electo de Cartago, todavía no consagrado, que fuese a Roma para recibir la consagración episcopal. Esto quiere decir que las élites cristianas ya no existían. El cristianismo desapareció por inanición progresiva; habiendo desaparecido las élites, también desaparecieron los fieles. Pienso que deberíamos prestar una mayor atención —a la vista de la experiencia norteafricana— a un fenómeno parecido de descristianización, que opera en la actualidad, estando más alerta a que no se pierdan las élites que son capaces de mantener viva la fe, conservándola por medio de una tradición.

**P.** Vd. ha estudiado especialmente el culto de los santos en la antigüedad y Medieval. ¿Qué importancia o credibilidad tienen muchas tradiciones o costumbres populares que se viven en torno a las reliquias de santos, lugares de enterramiento, traslados de reliquias, etc. ?

**R.** El culto a los santos nació con el culto a los mártires. A los comienzos, era un culto ligado a la tumba, un culto auténtico ligado al lugar donde efectivamente se hallaba el mártir. Los traslados de reliquias comenzaron en Oriente, y propiamente a cargo de uno de los hijos de Constantino. En efecto, Constancio II, cuando fue constituido único emperador, hizo trasladar los primeros cuerpos o reliquias de los Apóstoles para depositarlos en el Apostolion, es decir, en esa iglesia en honor de los Apóstoles, donde sólo había sarcófagos vacíos, sin cuerpos sagrados. Conocemos el traslado de reliquias de San Lucas, de San Juan, de Santo Tomás y de alguno más. De estas reliquias participaron también en Occidente. El *Martirologio jeronimiano* nos informa sobre la presencia de reliquias de este tipo en Aquileya, en Rávena y en Milán, durante los últimos treinta años del siglo IV.

Con estas traslaciones se perdieron las raíces auténticas del culto, y creció el peligro de las falsas reliquias o de su multiplicación por una partición casi infinitesimal de las mismas. San Agustín, tanto en su predicación, como en su *De civitate Dei*, habla de este hecho, a propósito de la difusión de las reliquias de San Esteban, el protomártir. Después, sobre todo en el Medieval, los criterios de autenticidad no fueron siempre respetados... Y así se multiplicaron los cuerpos santos... Al escribir mi libro sobre el culto a María Magdalena<sup>7</sup> en el siglo XIII, me encontré con tres o cuatro cuerpos de la santa...

¿A qué corresponde la difusión del culto a las reliquias? Responde a un hecho profundamente anclado en el alma humana: el deseo de mantener un contacto físico con el santo, con el santo como protector cerca de Dios, como si el contacto fuese una garantía de protección, una garantía de ser escuchado y atendido en la

---

7. Cfr. *supra* nota 3.



petición. Por este motivo, ya los cristianos antiguos se hacían enterrar junto a las tumbas de los santos. Los ejemplos son numerosísimos en las catacumbas romanas. Se trata, es cierto, de una piedad popular, pero no sólo popular, pues grandes espíritus, como San Agustín, han participado de ella, y han intentado ordenar el culto de las reliquias y de reglamentarlo.

Nosotros, en cambio, los hombres que vivimos después del Vaticano II, seguimos un itinerario diverso, tenemos una formación diversa, somos intelectuales y teorizamos fácilmente, somos platonizantes... perdiendo contacto con la realidad, y atribuimos más importancia a las cosas espirituales. Olvidamos algunas veces que el hombre está compuesto de cuerpo y alma, y no sólo de alma... Como Cristo, que se ha encarnado en un cuerpo humano... Como la Iglesia que, en un cierto modo, está encarnada en la humanidad y condivide las angustias y las plegarias de estos hombres... Yo comprendo e intento hacer comprender el culto a las reliquias.

**P.** Usted llegó a Roma después del descubrimiento, aún reciente, de la tumba de San Pedro. ¿Podría darnos su opinión sobre los resultados de esas excavaciones y sobre el «misterio de la tumba vacía»?

**R.** En el lugar donde se supone que estuvo la tumba de San Pedro no se ha hallado nada, sino sólo huesos de animales. Los huesos que fueron encontrados en el denominado muro G son exteriores a la memoria dedicada a San Pedro. Pero, dejando el tema de las reliquias, sobre el que volveré después, veamos primero el tema de la tumba misma.

Es preciso reconocer que esas excavaciones se han hecho de una forma muy particular. Los cuatro estudiosos que publicaron los dos volúmenes sobre la necrópolis hallada bajo la Basílica Vaticana —Prof. Josi, P. Ferrua, Prof. Apollonj Ghetti y P. Kirschbaum— fueron encargados por la «Fabbrica di San Pietro» de supervisar científicamente las excavaciones realizadas por la «Fabbrica» misma con la ayuda de sus operarios, los llamados «sanpietrini», y acudían a su lugar de trabajo con la intención de encontrar la urna de bronce dorado, en la cual San Pedro habría estado supultado. Evidentemente se trataba de un preconcepto un poco fantástico. Cuando se piensa en las circunstancias en las cuales Pedro probablemente murió, buscar una urna de bronce es un anacronismo... Pedro fue uno de los cristianos —de los que nos habla Tácito en sus *Annales*— acusado del incendio de Roma y condenado como criminal de Derecho común como responsable del incendio. Y por este motivo fueron ajusticiados de una forma bastante distinta de la praxis normal de la ley romana. Y, además, no se conocían demasiado bien los lugares de los enterramientos: precisamente han sido revelados por las recientes excavaciones.

Es muy probable que Pedro haya sido sepultado en una fosa común con otros cristianos víctimas de la persecución neroniana. Las fosas fueron probablemente buscadas y reencontradas en tiempos de Constantino I, cuando fue construi-



da la primera basílica, la que luego fue destruida en el Renacimiento y sustituida por la actual. ¿Cuáles fueron, en el siglo IV, los indicios sobre los que se basaron los arquitectos, el Papa y el emperador, para individuar el lugar de la sepultura? Yo creo que se apoyaron en una tradición muy antigua. Sabemos que el famoso trofeo —*tropaion*—, el memorial en honor de Pedro, que se originó en la segunda mitad del siglo segundo, entre el 160, más o menos, y el 217, testimonia el recuento de los restos, que indica un primer tentativo de monumentalizar la tumba. Y tenemos, además, un testimonio conservado por Eusebio de Cesarea, que habla del sacerdote romano Gayo, el cual recuerda a su contradictor asiático que en Roma se conservaban las tumbas apostólicas: «Ven y en el Vaticano encontrarás el trofeo de Pedro y, si vas a la via Ostiense, encontrarás el trofeo de Pablo». En este punto se encuentran los testimonios literarios y arqueológicos. Por ello es hoy comúnmente admitido, incluso por la crítica protestante, que las excavaciones vaticanas han descubierto el lugar donde Pedro había estado sepultado.

Añado todavía unas palabras sobre los huesos. Efectivamente, en una cavidad del muro G se han encontrado restos de un esqueleto de varón anciano, de sesenta o setenta años, que vivió, grosso modo, hace dos mil años. Pueden, por tanto, corresponder a Pedro... Estos restos humanos fueron encontrados envueltos en una tela de púrpura tejida con hilo de oro. Una tela preciosa para guardar restos preciosos. Ahora bien, si la gente de la época de Constantino y del Papa Silvestre hubiesen sabido con certeza que se trataba de la reliquia de Pedro, ¿por qué no colocaron esta reliquia en el centro del monumento y, en cambio, sólo la depositaron a un lado? Probablemente estaban perplejos: tales restos eran ciertamente preciosos, pero desconocían su identidad... Podían ser reliquias de Pedro; pero quién podía garantizar que eran de Pedro, pues también se hallaron en ese espacio de tierra otros quince cuerpos...

Por ello creo que la cuestión de la reliquia debe permanecer abierta, mientras que la cuestión de la tumba me parece resuelta con seguridad.

**P.** Vd. ha hablado también del trofeo de San Pablo. Después del incendio de la Basílica en el siglo pasado, ¿se ha procurado de una forma u otra continuar con esas excavaciones?

**R.** No. Se pensó hacer una excavación parecida en San Pablo, como la de San Pedro. Pero el Prof. Josi puso una objeción, que me parece muy válida: la proximidad del río y el hecho de que bajo la Basílica se halle la capa freática, que sigue el nivel del Tíber. Cuando el Tíber sube, llega inmediatamente bajo el pavimento, y cuando desciende el nivel, se queda a sólo un metro por debajo. Así, pues, las excavaciones que se hiciesen en San Pablo pondrían seriamente en peligro la estabilidad de la basílica, y por consiguiente sería costosísimo mantener estáticamente el edificio. Éste es el motivo por el cual, hasta ahora, no se ha podido hacer



una excavación. Es cierto que, con los medios actuales, se podría intervenir, pero los costos serían demasiado altos.

P. Vd. ha estudiado con detalle el origen y desarrollo del culto de Santa María Magdalena. Como Vd. sabe, algunos sectores de la teología feminista achacan a una Iglesia que consideran machista el haber sustituido la memoria de María Magdalena, «apostola apostolorum», por una de María Magdalena pecadora convertida. ¿Hay algún rastro histórico de que semejante operación fraudulenta haya podido tener lugar?

R. Esta última pregunta es muy compleja, porque exige una indagación en el texto del Nuevo Testamento. Es llamativa, en efecto, la importancia que los textos bíblicos conceden a las mujeres en la difusión del Evangelio. Basta con pensar en esas mujeres que acogían a San Pablo durante sus viajes. Sin embargo, según los escritos canónicos, ninguna de tales mujeres ocupó un puesto o tuvo una función en la Jerarquía. Algunos dicen —es una tesis feminista— que los rastros de eventuales funciones jerárquicas fueron borrados de los escritos canónicos. Confieso que esta hipótesis se apoya sobre bases muy frágiles, y que su credibilidad debe ser sometida a una confrontación con textos posteriores, en los cuales nos encontraríamos propiamente con la misma situación.

En el segundo volumen de la *Histoire du christianisme*<sup>8</sup>, que se está publicando en Francia, he contribuido con un capítulo sobre la Jerarquía y su evolución entre los siglos III y IV, y he comenzado este capítulo con un párrafo sobre ciertas sobrevivencias arcaicas en el campo de las instituciones. Hay al menos dos mujeres que han tenido un oficio ministerial, sacramental. En la carta 75 del *Epistolario* de San Cipriano, dirigida a Cipriano por Firmiliano, un obispo de Asia Menor, se halla un pasaje en el que éste alude a un hecho ocurrido unos cincuenta años antes, de una mujer que celebraba la Eucaristía con las palabras de la Plegaria eucarística. Pero Firmiliano la presenta como una herética. Pienso que también Tertuliano testimonia un hecho parecido. Esto me hace pensar que la secta montanista puede haber tenido mujeres de este tipo. Pero es curioso que estas mujeres hayan sido presentadas siempre como heréticas. Se requeriría, pues, una encuesta sistemática en los escritos neotestamentarios y en aquéllos de los primeros tiempos de la difusión del cristianismo.

En este contexto general debe ponerse el problema de la Magdalena. Fue encargada por Cristo, según el Evangelio de San Juan, de transmitir a los Apóstoles la noticia de la Resurrección. Y sobre esta base, el primer autor cristiano que la

---

8. AA. VV., *Histoire du christianisme*, t. 2: Naissance d'une chrétienté (250-430), sous la responsabilité de Luce Piétri, Desclée, Paris 1995, pp. 41-75: *La mission: l'organisation de l'Église au III siècle*, par Victor Saxer.



denomina «apóstola» fue Hipólito de Roma, a comienzos del siglo III, en su comentario del Cantar de los cantares. En otro texto, probablemente, de un autor africano, pero de época posterior, aparece una afirmación semejante. Pero, la fórmula «apostola apostolorum» fue acuñada en época muy tardía, probablemente en el siglo XI, y se incorporó a la liturgia por primera vez en una antífona al *Magnificat*.

Por consiguiente, la cuestión sobre si la personalidad de la Magdalena ha sufrido una transformación en la literatura cristiana, debe tomar nota de los hechos que acabo de señalar. Pero además hay que tener en cuenta otro acontecimiento. El primer testimonio que hace de tres mujeres evangélicas una sola, bajo el nombre de María Magdalena, fue San Gregorio Magno, en sus famosas homilías sobre el Evangelio, la del día de la Pascua y la homilía de las cuatro temporadas de septiembre. Fue el primero en identificar con claridad a las tres: la pecadora anónima, María de Betania, hermana de Marta y Lázaro, y María Magdalena, que con este nombre aparece en la Pasión y Resurrección de Cristo. El proceso de transformación iconológico e iconográfico ha sido, pues, mucho más complejo. En todo caso, es muy exacto que la Magdalena aparece en toda la literatura medieval bajo la forma de pecadora: una persona convertida por Cristo, que ha redimido sus pecados, porque ha amado mucho; una mujer sentada a los pies del Señor, mientras la hermana prepara la cena; finalmente, una mujer encargada de llevar la noticia de la Resurrección.

No creo que haya sido en función de un proceso machista, por lo que se hayan producido estos cambios. Ha sido probablemente un proceso mucho más complejo de interpretación simbólica de ciertos hechos evangélicos. Aunque es, sin duda, muy confortante para el varón el ejemplo de esta mujer pecadora que se transforma en «apóstola» de Cristo. Éste, creo, es el verdadero proceso de la ejemplificación que se hace del personaje.

**P.** Asistimos a un interés renovado de la Iglesia, de la Congregación para la Educación Católica, por los bienes culturales. ¿Puede decirse que existe ese mismo interés por parte de los obispos locales, por conservar los bienes culturales de los países con tradición cristiana más corta, como los africanos o asiáticos, bienes que, al fin y a cabo, constituirán la memoria histórica de los orígenes de sus propias iglesias particulares? ¿Tienen tales obispos interés en enviar a sus sacerdotes a hacer estudios en el Pontificio Instituto di Archeologia Cristiana?

**R.** Esta pregunta es interesante, porque contempla de forma directa la misión del Instituto. Puedo aportar una experiencia personal. Cuando hice mi viaje de estudios a Túnez, en 1971, me produjo una gran emoción encontrar tantísimos vestigios de vida cristiana. Y sentí la necesidad de preparar un informe, que envié al Sustrituto de la Secretaria de Estado, Mons. Benelli. Éste se tomó el tema seriamente (yo había sugerido admitir en el Instituto a estudiantes no cristianos, provenientes



*José Antonio Riestra*

de estos países). Mons. Benelli acogió mi sugerencia y creó una bolsa de estudio. Y hemos tenido, en esos años, estudiantes provenientes de Túnez y de Argelia.

No sólo hemos tenido estudiantes africanos o del Mediterráneo más o menos próximo, sino también de países más lejanos. Recuerdo que cuando yo mismo estudiaba en el Istituto, uno de mis colegas era filipino. Durante cierto tiempo hemos tenido algunos japoneses, hombres y mujeres. También algún norteamericano. Mientras tanto se ha despertado también en América Latina el interés por estas antigüedades, y de vez en cuando vienen algunos estudiantes de allí.

Es evidente que falta todavía una suficiente sensibilización de los responsables en los diversos niveles, universitarios y diocesanos; pero confío en que llegará un día en que se querrá conservar la memoria de la primera evangelización de sus propios países... y que se pondrán los medios adecuados para ello.

\* \* \*

Eran casi las seis y media de la tarde cuando terminamos. El tiempo había pasado volando, casi sin darnos cuenta. Agradecí a Mons. Saxer su amabilidad por haberme hecho un hueco en su apretado horario; además de su trabajo habitual, preparaba en esos mismos días sus intervenciones en algunos congresos y ciclos de conferencias en los que tenía que participar en las próximas semanas. Nos despedimos. Era ya de noche y hacía un poco de frío. Al pasar junto al Tíber, la cúpula de San Pedro y la mole adriana me parecieron más familiares.

José Antonio Riestra  
Pontificio Ateneo della Santa Croce  
Via S. Girolamo della Carità, 64  
I-00186 Roma